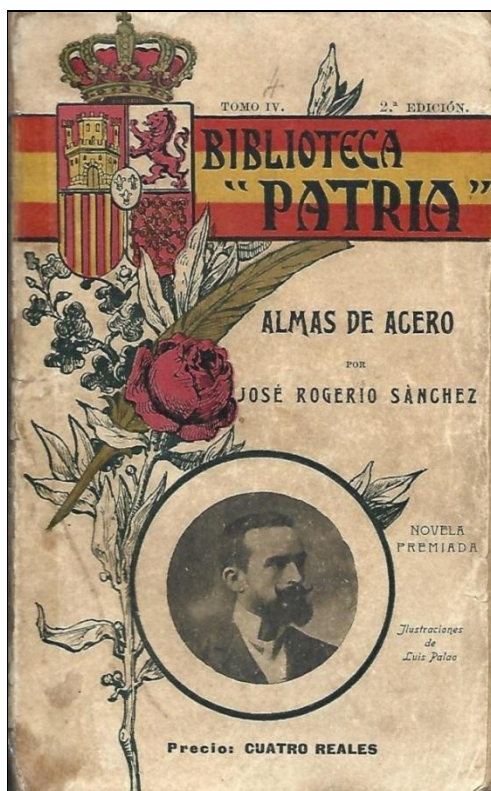


MORA EN LA LITERATURA: *ALMAS DE ACERO* (1904), DE JOSÉ ROGERIO SÁNCHEZ

Escasa es la presencia de Mora en la literatura a lo largo de la historia, tan escasa como para que convenga no descuidar las contadas apariciones de la noble villa moracha en las obras de ficción que nos son conocidas. Es esta la razón que hoy nos mueve a detenernos en una de ellas, que hasta ahora, creemos, ha sido insuficientemente estudiada y comprendida.

Bien es cierto que la aparición a que nos referimos fue señalada en su día por los hermanos Fernández Pombo,¹ y que nosotros mismos también hicimos mención de ella,² pero fue en ambos casos desde los hechos, desde la historia, y no desde su relato, desde la literatura, como creemos que debe hacerse para no desfocar o desvirtuar la obra a la que pertenece.

Se trata de la novela corta *Almas de acero*, publicada por José Rogerio Sánchez en 1904 y que obtuvo un cierto éxito, como lo prueba el hecho de que llegase a alcanzar al menos cuatro ediciones en los años inmediatos.³ Apareció entre las primeras entregas de la muy conservadora colección Biblioteca Patria, aspecto este a considerar en la recepción de la obra por parte del público lector.



Cubierta de *Almas de acero*

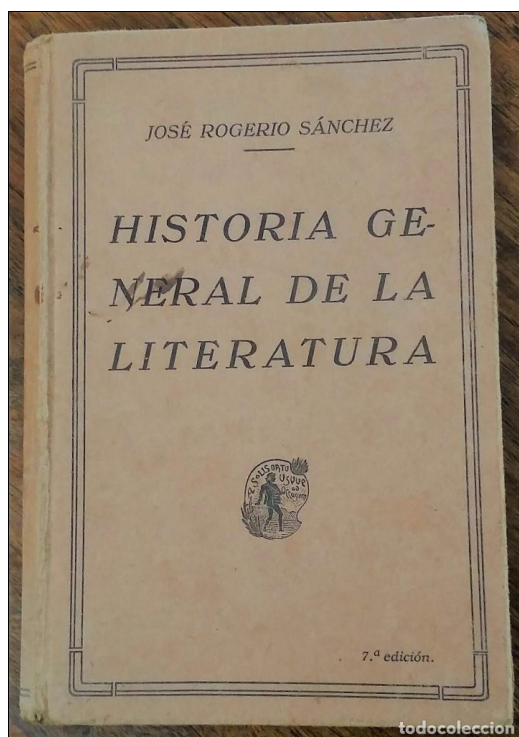
¹ Rafael y Alejandro Fernández Pombo, *Mora en la Guerra de la Independencia*, Madrid, Marsiega, 1979 (Temas Morachos, 5). Recogido en *Colección Temas Morachos. Homenaje. Alejandro Fernández Pombo y Rafael Fernández Pombo*, Mora, Ayuntamiento de Mora, 2014, pp. 127-156.

² En el número 53 de nuestros [Breves](#): *Sobre el ataque de Mora en la Guerra de la Independencia (18 de febrero de 1809)*.

³ *Almas de acero*. Novela original de José Rogerio Sánchez. Ilustraciones de Luis Palao. Madrid, 1904 (Biblioteca «Patria» de Obras Premiadas, 4). 18 cm. Completan el volumen los cuentos *La paria*. *Cuento oriental* y *El maestro de música*.

El autor

José Rogerio Sánchez García (Valladolid, 1876-Madrid, 1949), profesor y escritor, fue una persona muy religiosa, fuertemente conservadora y vinculada a las tierras toledanas: vivió su infancia en Talavera de la Reina y estudió en el Instituto de Toledo. En 1897 se doctoró en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central con la tesis *Ensayo histórico-crítico sobre la obra de Lutero*, y en 1902 ganó la cátedra de Lengua y Literatura del Instituto de Reus, del que pasará sucesivamente a los de Ciudad Real, Santander, Figueras, Cuenca y Guadalajara. En 1913 es nombrado profesor numerario de Psicología, Lógica y Ética de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, y en 1918, catedrático del Instituto de San Isidro de Madrid. Inspector general de Enseñanza desde 1919, de 1921 a 1927 fue consejero de Instrucción Pública, y en 1930-31, director general de Primera Enseñanza. Se reincorpora luego a su cátedra del Instituto de San Isidro, que desempeña hasta que es declarado cesante en agosto de 1936, para ser repuesto como catedrático, y como director de dicho instituto, en abril de 1939.



José Rogerio Sánchez, *Historia General de la Literatura* (7ª edición. 1933)
(Todocolección)

José Rogerio Sánchez preparó y dio a la stampa numerosos libros de texto, muy difundidos, sobre lengua y literatura españolas, literatura universal, historia de la literatura y de la lengua, teoría y preceptiva literaria, y análisis y antologías de textos literarios, pero también sobre filosofía, psicología, ontología, lógica, ética y estética, e incluso sobre historia universal e historia de España. Publicó ediciones, estudios y monografías sobre el Arcipreste de Talavera, el marqués de Santillana, Juan Boscán, Garcilaso de la Vega, fray Luis de León, Miguel de Cervantes y Jacinto Benavente, entre otros autores y temas.

Menos extensa es su producción literaria, de la que conocemos dos volúmenes de cuentos y relatos, *Nueve cuentos* (1900) y *A toda luz* (1903), y dos novelas, *En busca de la vida* (1906) y *Tristes destinos* (1911), además de *Almas de acero*, la obra que nos ocupa.⁴

La obra

Almas de acero es una novela corta que se estructura en cuatro partes o capítulos de parecida extensión, titulados respectivamente *Arma al brazo* (pp. 7-40), *Los héroes de Villares* (pp. 41-70), *En el crisol* (pp. 71-92) y *La venganza* (pp. 93-116). Exponemos a continuación pormenorizadamente el relato de los hechos, deteniéndonos en los pasajes situados en Mora o en las alusiones a la villa.⁵

I.—*Arma al brazo*. La acción se inicia en febrero de 1909, unos meses después de rotas las hostilidades tras la invasión francesa, «en el pueblo de los Villares» (10), localidad situada en los llanos del Guadiana. Aquí presenta una noche a un grupo de aldeanos que oye a Pedro Mejía, un sargento encargado por el duque de Alburquerque —jefe de una de las divisiones del ejército del centro— del cumplimiento de una misión en distintos pueblos de las cuencas del Tajo y del Guadiana. «Para exponer su empeño, que no era otro que lograr víveres y auxilios de manchegos y toledanos, había citado allí a los patriotas de la tierra, a quienes ponderaba con fogosas palabras el amor de la madre España y la perfidia artera del invasor» (14-15). Entre ellos, el tío José, «principal personaje de aquella reunión singular» (16), un hombre que muestra a cada paso su orgullo de haber sido «marinero de la de Gibraltar». La exposición del sargento inflama a los concurrentes: Napoleón está a dos pasos de Madrid tras el «espantoso descalabro en Uclés», que Mejía narra con detalle y que horroriza a los presentes. Les dice que estén preparados, pues pronto se formará el ejército de la Mancha, «para apoderarse de Toledo y acaso atacar a Madrid» (26). Y agrega:

*De él depende la salvación de España. Urge, pues, que procuréis provisiones para nuestras tropas, que nos proporcionéis hombres y neguéis alberque y guías al enemigo. Mañana, al caer de la tarde, estaré entre las filas del de Alburquerque, valiente militar y mozo decidido, que se propone dar una lección al francés Dijon, que en Mora sabéis ha demostrado ser buen hermano de Villate.*⁶

—No hay más que decir —repuso el antiguo marinero de Gibraltar—. ⁷ Hay que enseñar a estos malos pájaros que no sembramos nuestra tierra para que bonitamente nos roben el pan, ni engendramos nuestras hijas para su regalo.

⁴ Una excelente [nota biográfica de Rogerio Sánchez](#), en *Historia Hispánica*, de la Real Academia de la Historia, que puede ampliarse en la entrada sobre el autor que ofrece Juan Pablo Calero Delso en [Diccionario biográfico de la Guadalajara contemporánea](#).

⁵ Citamos la novela por su segunda edición, sin fecha. Las referencias numéricas entre paréntesis remiten a las páginas respectivas. Modernizamos en nuestras citas la ortografía y puntuación.

⁶ Son tres generales que combatieron en la Guerra de la Independencia; uno español, José Miguel de la Cueva y de la Cerda, duque de *Alburquerque* (1775-1811), y dos franceses, Eugène-Casimir Villatte (1770-1834), *Villate* en el texto, y *Dijon*, del que no hallamos referencias biográficas.

⁷ Con *Gibraltar* o *la de Gibraltar*, referencia muy repetida en la obra por el tío José, se alude al sitio o gran asedio de Gibraltar (1779-1783), la última y más importante de las campañas españolas para recuperar la plaza de Gibraltar, que en 1715 había pasado a la corona británica por el Tratado de Utrecht.

Después de una breve pausa —durante la cual el tío José no apartó su mirada de la lumbré, que había sido avivada con una fuerte rama de olivo—, como quien toma una decisión irrevocable, dijo nuestro héroe:

—Muchachos; hay que ser hombres; antes de que las tropas den el golpe sobre Mora, hemos de limpiarles el camino. Meditaré mi plan y nos veremos... (26-27).

Una noche, el tío José le dice a Rosica, su hija, que es tiempo de ir preparando la boda con Miguel, su novio: para el día de San José, santo del padre y boda de la hija. Y le hace saber que dos días después saldrá hacia Toledo: «por ver si traigo unos avíos... Total: cuatro o seis días durante los cuales estará contigo tía Andrea, mi hermana, a quien he comunicado el caso» (32). Rosica juzga que no es prudente: «Están todos los caminos plagados de franceses desde Ciudad Real a Mora, y sabe usted cómo las gasta ese Dijon que los manda» (33).

Miguel también irá a Toledo a hacer compras para la boda. Aquella noche el tío José, tras anunciar la boda a los compañeros de la partida, convida a vino, lo mismo que Miguel. Aquellos se alborotan y hacen propuestas arriesgadas, que el tío José aborta, proponiendo agazaparse junto al camino al paso de los franceses. Y en eso quedan para la tarde del día 15.

Llega este día, y entendemos que las compras que proyectan tanto el tío José como Miguel no son tales, sino que se trata de una expedición contra los franceses. Cuando marchan, «los allí reunidos ajustaron las abarcas y peales, y rodeando las mantas a los hombros, ocultaron los trabucos terciados bajo el brazo (39). Han de atravesar el Guadiana —sin pasar por el puente, para no ser descubiertos—, pensar en el alimento, en el descanso, y «caminar y más caminar, hurtando el cuerpo a algunas avanzadas de dragones que se divisaron a los dos días de jornada...» (40).



[Plaza de Mora]. Dibujo de Francisco Izquierdo
(Rafael y Alejandro Fernández Pombo, *Mora en la Guerra de la Independencia*)

II.—*Los héroes de Villares*. Rosica sueña que es el día de su boda, pero la realidad es otra: llegan a Villares los soldados de Alburquerque, «desprendidos del ejército del centro con el fin de atacar a Dijon» (45), y aquí descansan unas horas. Cuando se marchan, los lugareños se sienten solos. Y continúa la narración:

Al amanecer el 18 de febrero la caballería capitaneada por el Duque cayó impetuosamente sobre Mora, donde se suponía asilado al francés; mas fue inútil la empresa. Avisado Dijon de que la división española se acercaba, escapó con los suyos a uña de caballo. El de Alburquerque se daba a todos los diablos por no haber podido obligar al francés a entrar en combate, y no quedando allí cosa que hacer, dispuso que los regimientos de España y Pavía y alguna tropa ligera tomasen el camino de Toledo con el fin de atropellar la fuga de Dijon.

*Las felicitaciones que de los buenos vecinos de Mora oía el Duque a cada momento por saludar en él a su libertador causaban en su ánimo de militar amargo despecho; pues aparecía ante su imaginación, mortificando su alma generosa, lo agradecidos que los pueblos quedaban con lo poco que ellos hacían, no por falta de valor, seguramente, sino por las envidias y miserias que entre los más altos jefes del ejército surgían a cada momento destruyendo planes ya aprobados, presentando otros no más atinados, pero en los que sí la figura del jefe envidiado quedaba en muy secundario lugar; y entre tanto, los enemigos avanzando de día en día, haciendo víctimas de su avaricia a centenares de pueblos y dictando leyes en nombre del usurpador. ¿Quién sabe si el fracaso de Mora no era debido a tardanzas originadas por el de Cartaojal con el maldito propósito de que el Duque perdiera la autoridad y fama militar que habría debido ganar con su conducta bizarra?*⁸

*Dando vueltas en la mente a estas ideas, marchaba Alburquerque de un lado a otro con la espada caída hasta tocar el suelo, la vista inquieta buscando una y otra vez el horizonte lejano por donde aún abrigaba la esperanza de ver aparecer a sus valientes soldados victoriosos sobre los dragones de Dijon.*⁹ *Vana esperanza; ya caía la tarde y ni un jinete aparecía en el llano. Comido de impaciencia, empezó el Duque a revistar los alojamientos de su gente, y entrada ya la noche, salió a los próximos cabezos desde donde se divisa la amplia llanura.*

Nada todavía. Solo vio el Duque que con él aguardaban la vuelta de las tropas todos los vecinos de Mora. En las torres todas de las iglesias de la villa, en los tejados de las casas más altas, en las colinas próximas, en los árboles más elevados de los alrededores, en todas partes desde donde podía descubrirse a los expedicionarios, allí había un vecino o muchos encaramados sobre lo más alto, moviendo antorchas en las manos y anhelando todos servir de faro a los perseguidores del francés. Las mujeres preparaban en las puertas de sus casas y en la plaza sendas tinajas de limonada para refresco de los soldados; los hornos de pan cocer estaban repletos de bien sazónada masa que se preparaba para obsequiarlos; los más de los hombres, ricos y pobres, daban órdenes para que a los soldados que se habían de alojar en sus casas se les preparase buena cena a costa de la ya bien curada matanza que colgaba de las vigas de la cocina y en las cámaras. Corpulentos troncos de encina esperaban arrinconados la hora de ser encendidos; hasta en las cuadras y corrales de cada casa había inusitado movimiento a tales horas, procurando los gañanes y mo-

⁸ Se refiere al conde de Cartaojal, José de Urbina y Urbina (1761-1833), entonces general en jefe del ejército del Centro, que fue destituido tras su derrota en la batalla de Ciudad Real (27-III-1809).

⁹ Los dragones eran los soldados que alternaban el servicio a pie y a caballo.

zos de mulas que el mejor pesebre y la manta menos deteriorada fuese para los caballos militares, que llegarían reventados de cansancio.

Mediaba ya la noche cuando las campanas de Santa María de Alta Gracia comenzaron a repicar alborozadas. El Duque subió precipitadamente la angosta escalera de la torre, y a lo lejos divisó informe montón que se aproximaba a la villa. Una nube de muchachos y jovencuelos salió a la desbandada al encuentro de los expedicionarios, mientras que las campanas de todas las torres ensordecían con sus volteos, y en las bocacalles y plazas se encendían hogueras que algunos traviesos rapaces saltaban audazmente.

El Duque salió con las tropas que le escoltaban a recibir al resto de sus soldados; la señal convenida le hizo conocer la victoria, que el general juzgó grande cuando los que se adelantaron hacia él le anunciaron que el coche de Dijon estaba entre el equipaje arrebatado a los dragones franceses.

En efecto, los coroneles Gómez y Príncipe de Anglona hicieron saber al de Albuquerque que los franceses, alcanzados por ellos merced al valor de unos aldeanos, habían sido muy bien escarmentados.¹⁰

—¿Quién viene en ese coche? —preguntó el general.

—El tío José —contestó el Príncipe.

—¿Quién es ese hombre?

—Señor —dijo el tío José, apeándose gorra en mano del coche del general francés, de donde también bajaron Miguelico y otro mocetón—. Señor, sepa vuestra merced que soy José, el marinero de la de Gibraltar. Supimos ahí en los Villares que vuestra merced y estos valientes iban a la busca del francés, y nos pareció bueno reunir estos trabucos —dijo señalando a algunos compañeros que le rodeaban— y hacer alguna cosa en su ayuda.

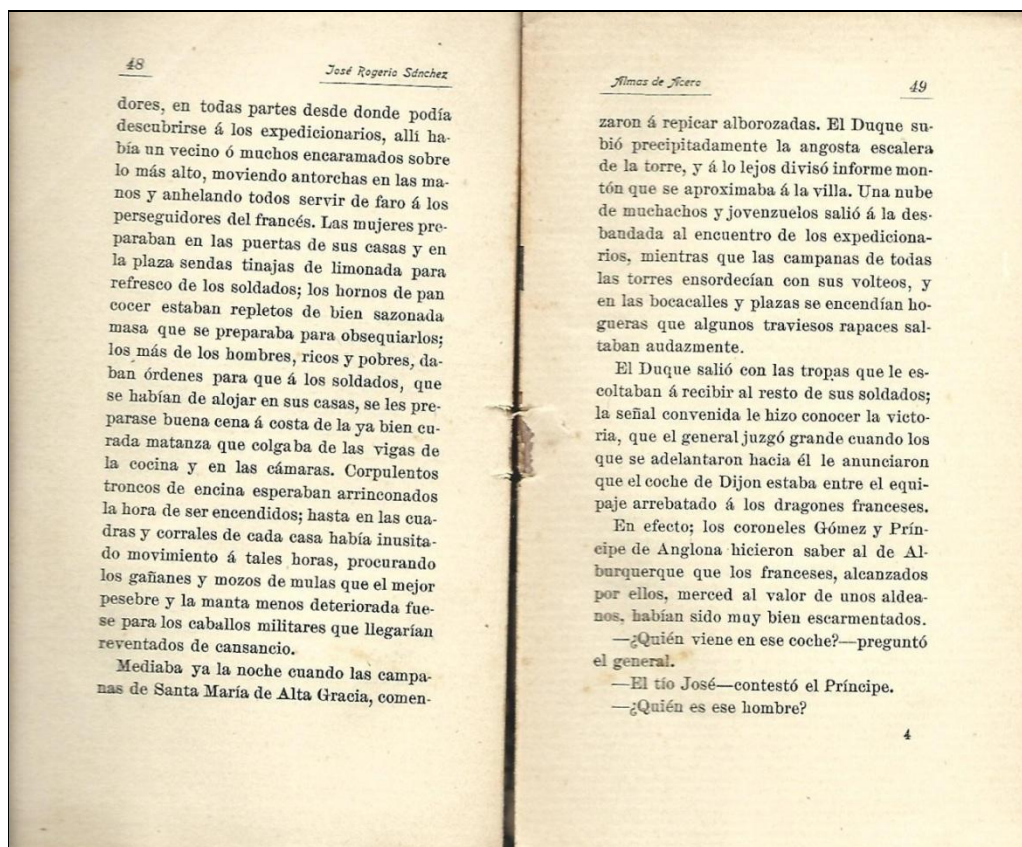
—¿Y qué pretendáis, buena gente? —dijo sonriendo el general.

—Desde ayer estábamos apostados en el camino de Madridejos con el arma bien atacada al brazo, esperando divisar algún dragón, cuando la suerte quiso alegrarnos el alma. Supimos que por el camino de Toledo iba el mismo general francés, y con intención de hacerle descansar del viaje nos fuimos allá Miguelico, el tío Cuadros, el Peraile y un servidor, dejando a los amigos para dar otro golpe.¹¹ Ya hacía un buen rato que estábamos tumbados en las orillas de la carretera, escondidos y desgarrados por unas carrascas, cuando oímos galopar y tiros, y a poco una nube de polvo que se acercaba. Hijo Miguel, hermano Cuadros, dije a mis compañeros, aquí viene la liebre, y... ¡cataplum!..., gritos de bestias, blasfemias de diablos, y nosotros con el arma caliente bajo el brazo a correr como galgos por aquellos montes.

Al momento ya estábamos a retaguardia y con el trabuco a la cara, cuando vimos a rinda suelta a estos amigos que iban muy cerca. Disparamos de nuevo, y mezclados con estos nos acercamos a un montón de caballos muertos, de hombres por el suelo, de carros y equipajes. ¡Virgen del Llano! Allí estaba el coche de Dijon, el tronco que lo arrastraba había ido por los suelos; me arrojé a él, abrí la puerta, y... ¡no estaba dentro el general!... ¡Habíamos perdido el tiro!... Mas la intención, ya ve vuestra merced que era buena... ¡Tan buena, mi general, como la que tuvimos en los días de Gibraltar!

¹⁰ El apellido Gómez corresponde en la realidad histórica al de Pedro José Gámez Bueno (1761-1844). Príncipe de Anglona era el título nobiliario por el que se conocía a Pedro de Alcántara Téllez-Girón y Alonso-Pimentel (1776-1851), que, en efecto, como Gámez, tuvo una destacada participación en la acción de Mora. Como veremos más adelante, Gámez era entonces coronel del Regimiento de España, y Príncipe de Anglona, del de Pavía.

¹¹ Peraile: 'cardador de paños'.



Almas de acero (pp. 48-49)

—Ni punto más ni menos —añadió el Príncipe, que había presentado al tío José—. Estos valientes merecen nuestra estimación; gracias a ellos pudimos alcanzar a los franceses, que, acosados por los disparos de estos, y sin tiempo para examinar el campo, se desviaron hacia Madridejos, donde otra descarga les anunció enemigos; allí pudimos caer sobre ellos y, dejando algunos muertos, hacer prisioneros a esos cien dragones que custodian mis soldados de Pavía.

—Muy bien, valientes —dijo el Duque mientras cariñosamente golpeaba el hombro del tío José—. Yo te puedo premiar haciéndote sargento de mi infantería, y distinguiendo entre mis soldados a los que quieran unírseos de los tuyos. La Central tendrá noticia de vuestra noble conducta.¹²

—Señor, si me perdona vuestra merced —contestó respetuosamente el tío José—, ni mis camaradas ni yo queremos recompensa por lo que es obligación. Hemos hecho esto, y haremos cuanto podamos, por librar a nuestra patria del enemigo; podéis contar siempre con nuestra ayuda, y si alguna vez para los sitios de más peligro no encontraseis entre los soldados un valiente, en los Villares está el tío José, que, si no es tan fornido y resistente como lo fue en la de Gibraltar, aún le golpea la sangre el corazón y le calienta la cabeza. Conque, si vuestra merced da el permiso, hoy saldremos hacia nuestra aldea, y tenga en cuenta, señor, que los castigados franceses no olvidarán el día de ayer y buscarán a estos soldados.

¹² La Central es la Junta Suprema Central, el órgano que ejerció los poderes ejecutivo y legislativo durante la ocupación francesa. Se constituyó en septiembre de 1808 en Aranjuez, y en diciembre siguiente fue trasladada a Sevilla.

No se equivocaba el tío José. Los franceses de las cercanías, ante el inesperado ataque, procuraban reunirse y vengar la sorpresa de Mora. En sus tareas de concentración, los soldados invasores redoblaron su vigilancia, y llegaron a lo inverosímil en sus sospechas sobre los pobres aldeanos con quienes se encontraban. Habiendo comprendido lo ridículo de la turbación que en ellos había infundido la emboscada de los campesinos dirigidos por el tío José, juraron vengarse cruelmente en los paisanos sospechosos de tomar parte en aquella guerra de cazadores, que tanto pánico producía al aguerrido ejército imperial.

En cuanto a los soldados españoles, decidió el Duque replegarse hacia Consuegra, donde podía encontrar más seguro asilo amparándose en los montes cercanos de Los Yébenes y la Calderina¹³ y aprovechando alguno de los desfiladeros para ponerse a salvo del enemigo si este reunía fuerzas respetables (45-54).

Las tropas del Duque se repliegan hacia Consuegra, y el grupo del tío José decide «repasar los montes de Toledo desde Orgaz, por suponer muy peligrosas las llanuras toledanas» (54-55). Llegan hasta Ciudad Real, y se hospedan en la posada del Sol, en la plaza, donde se presenta un animado cuadro del bullir de la gente.



Retrato de José Miguel de la Cueva y de la Cerda, duque de Alburquerque
(Real Academia de la Historia)

A primeros de marzo ya han vuelto a los Villares. Preparativos de boda en casa del tío José, donde Rosica ha vivido estos días sin conocer la verdad de la expedición contra los franceses de su padre y compañeros. Pero los soldados de Dijon están cerca. El 19 de marzo, día de la boda, soldados franceses se acercan amistosamente al pueblo. El tío José, contrariado (cosa que no comprende Rosica), decide que la boda se celebre «sin acompañamiento alguno» (68) para evitar toda ostentación, y que a medianoche salgan para la ciudad los novios. Los soldados franceses, bebiendo y confraternizando con los lugareños, hacen hablar a algunos de ellos, de tal manera que se enteran por Juanillo, «el borracho constante de Villares» (69), de que fue

¹³ Alude a la sierra de *la Calderina*, una de las más importantes de los Montes de Toledo, situada entre las provincias de Toledo y Ciudad Real.

el tío José «el que había sorprendido la retirada de los dragones de Dijon; él quien se había apoderado de su equipaje, y él quien, capitaneando a algunos aldeanos, había jurado que en los Villares costarían muy caros a los franceses sus atrevimientos» (69). También les informa Juanillo de que ese día era la boda de su hija Rosica: «se casa con Miguelico —les dice—, que, si no miente la fama, fue el que descargó buen trabucazo contra el propio general que os manda» (70).

III.—En el crisol. Los soldados franceses entran en casa del tío José forzando la puerta: «Las hienas se preparaban a devorar a la presa» (74). Atacan a la familia cuando vuelve de la boda y luego escapan: «La noche era propicia para ocultar el crimen; el viento, impeliendo con furia la menuda llovizna, azotaba la cara de aquel singular grupo que, apartándose del pueblo, tomó el camino de Consuegra, donde se hallaba Dijon con el fuerte de sus tropas amparado en las serranías de Urda y de los Yébenes» (76). Apresan al tío José y a Rosica, a los que interroga Dijon, pero Miguel ha conseguido escapar. Más tarde sabremos que se había alistado en el ejército de Cartaojal.

Dijon pretende gozar de los encantos de Rosica: «Un acto de sumisión tuya puede devolvarte la felicidad y la posesión de tu padre y tu marido. Aquí ni el mismo cielo se entera de tu caída; además eres bonita y mi bolsa no está desprovista de piezas de oro; muchacha, buena dote para una aldeana, un puñado de monedas y un salvoconducto para ti y para los tuyos» (82). Con ello salvaría la vida de su padre, porque, si no, este sería arcabuceado al día siguiente. A pesar de la insistencia de Dijon, Rosica se niega, incluso después de ver al tío José conducido para ser ejecutado, como así será.

Pasan los días. Llegada la primavera, el pueblo de los Villares apenas si conserva casas en pie tras la guerra. Solo queda allí media docena de vecinos en medio de la desolación. «La casa del tío José era una de las pocas habitadas aún. Un hombre joven, a quien faltaba el brazo derecho y ahogaba una tosecilla seca, y una mujer en la que fácil sería reconocer la agostada hermosura de Rosica, eran los solos habitantes de la casa» (88).

IV.—La venganza. En Extremadura, las tropas del general Wilson, inglés, pasan por Yuste y por Jaraíz, atraviesan la sierra y llegan al río Tiétar: «Terminaba ya el mes de julio del triste año de 1809 cuando el ejército aliado acampaba en el llano cerrado por el Tajo y el Alberche al rendir este sus aguas al poderoso vecino» (103). Cerca se encuentran los soldados españoles, que son atacados por los franceses, al mando del rey José.

Los talaveranos rezan en las iglesias mientras que en el campo de batalla se desarrolla el combate bajo un calor sofocante que agrava el incendio causado por las armas. Cuando estas callan, las mujeres socorren a los soldados caídos sin atender a su nacionalidad. «El ejército aliado descansó en Talavera, mientras que José, con sus tropas humilladas, repasó el Alberche y emprendió la retirada» (114). Vencen ingleses y españoles, y entre las víctimas queda el cadáver carbonizado de Rosica.

Concluye la acción con las palabras de Dijon contando a los suyos cómo pudo salvarse: «Rodeando mis sienes tenía un pañuelo húmedo aún, que debió ceñirse a ellas para calmar el volcán que me hervía en la cabeza. Este es el pañuelo —dijo mostrando uno de los que las aldeanas usan para adornar su pecho—. Según mis noticias, perteneció a una de aquellas pájaras que

vimos auxiliando a los heridos españoles. Alguna tuvo sin duda buenos deseos por este cuerpecito, y me salvó.

—El diablo se lo pague» (116).

Y el lector se pregunta si, como parece darse a entender, aquella mujer pudo ser Rosica.

Realidad y ficción

La mezcla de realidad y ficción es la clave de la construcción de la novela; mejor dicho: la integración o inserción de la realidad en el seno de la ficción; algo que afecta al argumento, a los personajes y al espacio.

En efecto, los hechos narrados en *Almas de acero*, y su disposición, se sustentan en la historia real, que es la de la marcha de la Guerra de la Independencia en nuestras tierras entre los meses de febrero y julio de 1809, más concretamente, de lo sucedido desde la acción de Mora, el 18 de febrero, hasta la batalla de Talavera, el 28 de julio, que son los dos acontecimientos que abren y cierran el relato y que le otorgan sentido. Entre uno y otro se inscribe la formación del Ejército de La Mancha y las batallas de Consuegra (22 de febrero) y de Ciudad Real (26 de marzo), aludidas en la narración, en la que pesa asimismo el recuerdo de la batalla de Uclés (13 de enero), que precede a lo narrado.



Cruz de distinción militar de Mora y Consuegra
(Fotografía de Alberto Vicioso Ballester)

En este fondo de la historia nacional se incardina la historia menuda del tío José, Rosica, Miguelico y el resto de personajes, que participan diversamente en los hechos de la guerra en tanto que viven su propia peripecia personal y familiar. Una peripecia que no es ajena en abso-

luto a la de personajes de la realidad histórica, como los militares franceses (Villatte, Dijon, Sébastiani...) o españoles (Alburquerque, Cartaojal, Anglona...), sino que, más aún, algunos de ellos, en especial Alburquerque y Dijon, son aquí también personajes de la ficción y llegan a interactuar con el tío José y con Rosica, respectivamente. En este sentido, resulta altamente significativo el caso del general Dijon, a quien el autor reserva nada menos que el desenlace de la novela, cargado de intensidad.

Idéntico procedimiento se aplica al espacio de la narración, a la geografía del relato, a los lugares —a los lugares poblados, para ser precisos— en que se desarrolla la acción. En este aspecto, a Toledo, Madridejos, Consuegra, Los Yébenes, Orgaz..., y sobre todo a Mora, Ciudad Real y Talavera de la Reina, los tres escenarios principales de la historia, de la historia real, se suma el de los Villares —o simplemente Villares, como también aparece citado—, que es el escenario de la ficción, el de la historia inventada. Simplificando: a los Villares pertenecen el tío José, Rosica, Miguelico y demás personajes secundarios; a Mora, Ciudad Real y Talavera, los militares que allí combaten o por allí transitan con sus tropas. Pero en estas poblaciones encontramos en ocasiones a alguno de los aldeanos, lo que evidencia la imbricación espacio-personajes, las dos caras de la moneda única que es la novela histórica. Todo lo cual se ve potenciado por el hecho de que, aun siendo el de los Villares un topónimo realista y hasta real, este no se corresponde con el de ningún pueblo o lugar situado entre Toledo y Ciudad Real, cerca de los Montes de Toledo, como sucede en la novela.¹⁴ Pertenece a la ficción.

Este procedimiento, que Rogerio Sánchez maneja con soltura y acierto, responde punto por punto al patrón de los *Episodios nacionales*, de Benito Pérez Galdós, un conjunto de 46 novelas, en cinco series, que el novelista canario había iniciado en 1873 y prolongaría hasta 1912. *Almas de acero* aparece cuando iban por la mitad los *Episodios* de la Cuarta serie (1902-1907), y coincide exactamente en el tiempo (1904) con *O'Donnell*, uno de ellos. Además, conviene recordar que los *Episodios* arrancan precisamente con los hechos de los años iniciales del siglo XIX, y que su Primera serie se centra en la Guerra de la Independencia, con títulos como *Bailén*, *Napoleón en Chamartín*, *Zaragoza*, *Gerona*, *Cádiz*, *Juan Martín el Empecinado* y *La batalla de los Arapiles*. He aquí los antecedentes literarios de la novela de José Rogerio Sánchez.

La descripción

Un recurso que contribuye poderosamente a proyectar el realismo que se desprende de nuestra novela es el de la descripción de los pueblos y ciudades a través de las menciones de sus lugares propios: calles y plazas, rincones, monumentos, y sobre todo iglesias. Lo hace el autor en Mora con la mención de Santa María de Alta Gracia, y sobre todo en los casos de Talavera y Ciudad Real, que, a diferencia de Mora, demuestra conocer bien. Así, encontramos referencias de la Colegial, San Salvador de los Caballeros, Santiago, Santa María la Mayor y San

¹⁴ De hecho existe un Los Villares en la provincia de Jaén, al sur de la capital, y Villares es una entidad de población perteneciente a Elche de la Sierra, en Albacete. Ninguno de ellos se halla excesivamente alejado del lugar en que se encontraría el de *Almas de acero*, pero no hasta el punto de identificarse con él. Por lo demás, existe también Villares de la Reina (Salamanca), Villares de Órbigo (León), y varios parajes con este nombre en otros tantos lugares de España. Es decir, que se trata de un nombre que contribuye a la inducción realista.

Agustín, en el caso de Talavera, y, por lo que respecta a Ciudad Real, de la puerta de Toledo, el hospital de la Misericordia, el barrio de Santiago, la iglesia del Prado, la plaza Mayor, las posadas del Sol y del Caballo, y las calles de la Cuchillería, de los Arcos, de la Feria y del Mercado.

En alguna ocasión, la descripción se carga de elementos costumbristas, con un sinfín de referencias del comercio local y regional, entre las que, como veremos, no faltan las del jabón de Mora, y nos revelan a Rogerio Sánchez como fino observador y escritor excelente:

Serían las cinco de la mañana cuando el tío José, escandalizado por el lujo que se había permitido levantándose a hora tan avanzada, hizo mover a Miguelico, y juntos salieron a la plaza, que empezaba a bullir con extraordinaria animación.



Ciudad Real, Mercado en la plaza Mayor
(Universidad de Castilla-La Mancha)

A su derecha, delante de las puertas de la posada del Caballo, colocaban a toda prisa los naranjeros los serones repletos de la rojiza fruta; más allá, algunos curtidores extendían sus pieles, correas, cinturones y esquilas para el ganado; en medio de la plaza, buen número de hojalateros exponían sus ligeras y brillantes vasijas y abundantes muestras de candelas, aceiteras y faroles; al lado, algunos cordobeses colocaban con esmero los dorados velones de Lucena y almoreces repujados con grotescas labores; en el extremo opuesto, algunos herreros ordenaban su ruidosa mercancía, disponiendo en montón clavos, arados, cerraduras, hachas, picos, martillos y otros mil enseres; un hombre de tipo extraño —el inglés, como decían los chiquillos— presentaba un completo surtido de estampas de chillo-nes coloridos: una Santa Bárbara de azul y encarnado con un castillo verde al brazo, una Santa Apolonia con innumerables dientes en las manos, una Santa Lucía sosteniendo en un plato dos ojos no menores que huevos de pava, un San Jorge de mirada feroz amenazando sin dar muerte a un dragón de fuego, un Santiago con la cabellera al aire montado en blanco rocín, normando por la traza..., y mil cosas más que solo la inocente y sencilla piedad podía tomar por imágenes venerables. No faltaban allí las láminas de los siete infantes de Lara, de los de Carrión y sus martirizadas esposas, el príncipe de Viana, el brujo

marqués de Villena, las hazañas de Tirante el Blanco y don Belianís, el moro Aliatar y la princesa Jarifa, y nada de cuanto podía interesar poéticamente a los queseros y confiteros de Almagro, que se colocaban en el lado izquierdo de la plaza; a los vendedores de rameada loza de Talavera; a los alpargateros valencianos; a los cazadores de Fernán Caballero y Emperador, que colgaban las piezas muertas bajo el ancho balcón de la Casa concejil; a los carniceros y salchicheros, que en grandes mesas portátiles, adornadas con garfios de los cuales pendían sus mercancías a lo largo de la plaza delante de los soportales donde se freían los mejores buñuelos de la comarca y en donde en mil tienduchas se presentaban sacos apiñados ofreciendo el pimentón de la Vera, patatas de la tierra, las especias del país, las copas con restos de aguardiente, el jabón de Mora, las aceitunas de Villarrubia, limones agrios, pan de Carrión, todo cuanto podían apetecer los sobrios vecinos de Ciudad Real.

El tío José y Miguel salieron de la plaza después de ir varias veces arriba y abajo; la concurrencia era allí ya numerosa; diríase era aquello el despertar de un pueblo que empieza a ponerse en movimiento y agitación para todo el día; mas no era así. Al llegar las nueve de la mañana eran muy contadas las personas que transitaban por la plaza; solo los vendedores recogían perezosamente sus puestos, y algún que otro soldado discurría por entre las vendedoras echando piropos a las hortelanas. El hormiguero, puesto en actividad al ir en busca del alimento, había vuelto a sus celdas (59-62).

El ataque de Mora: de la realidad histórica a la construcción del relato

Son relativamente abundantes las menciones del ataque de Mora que hallamos en libros y periódicos. Pero en el ámbito de nuestra historia local había pasado inadvertido hasta ahora un documento de capital importancia, y de primerísima mano, como es la información que sobre esta jornada recoge en su número del 28 de febrero de 1809 la *Gazeta Extraordinaria del Gobierno*, puesto que da cuenta de la acción a partir de una carta al conde de Cartaojal precisamente del propio duque de Alburquerque, que este le remite el mismo 18 de febrero, el día de los hechos. Dice así la noticia de la *Gazeta*:

En carta de 18 de este mes da cuenta el mariscal de campo duque de Alburquerque al general en jefe del ejército reunido del Centro y la Carolina, conde de Cartaojal, que con noticias que tuvo de hallarse ocupada la villa de Mora por 500 o 600 caballos enemigos,¹⁵ tomó todas las disposiciones convenientes para sorprenderlos, lo que consiguió en parte, a pesar de la vigilancia de los enemigos, pues el general Dijon que los mandaba se vio obligado a abandonar su coche y montar a caballo para libertarse de ser hecho prisionero. Sin embargo, no pudo lograrse el total buen éxito de la empresa a causa de haberse extraviado en su marcha por equivocación de los guías toda la infantería y parte de la caballería que debía concurrir a la acción; de forma que cuando Alburquerque se vio al frente de los enemigos, solo se hallaba con una parte de la caballería, y no le fue posible cercarlos en el pueblo, como pensaba, contentándose con atacarlos vigorosamente, como hizo.

Al efecto reunió todas sus fuerzas, formó de ellas cinco columnas, se puso a la cabeza de la del centro, y las dirigió sobre el enemigo, quien apenas tuvo lugar para evacuar al pue-

¹⁵ 500 o 600 caballos son otros tantos soldados a caballo.

blo, y para formarse su salida por el camino de Toledo, donde esperó nuestro ataque con 500 granaderos a caballo.¹⁶

GAZETA EXTRAORDINARIA DEL GOBIERNO
DEL MÁRTES 28 DE FEBRERO DE 1809.

En carta de 18 de este mes da cuenta el Mariscal de Campo Duque de Alburquerque al General en Jefe del ejército reunido del centro y la Carolina, Conde de Cartaojal, que con noticias que tuvo de hallarse ocupada la villa de Mora por 500 ó 600 caballos enemigos, tomó todas las disposiciones convenientes para sorprenderlos, lo que consiguió en parte, á pesar de la vigilancia de los enemigos, pues el general Dijon que los mandaba se vió obligado á abandonar su coche y montar á caballo para libertarse de ser hecho prisionero. Sin embargo no pudo lograrse el total buen éxito de la empresa á causa de haberse extraviado en su marcha por equivocacion de los guías toda la infantería y parte de la caballería que debia concurrir á la accion; de forma que quando Alburquerque se vió al frente de los enemigos, solo se hallaba con una parte de la caballería, y no le fué posible cercarlos en el pueblo, como pensaba, contentándose con atacarlos vigorosamente, como lo hizo.

Al efecto reunió todas sus fuerzas, formó de ellas cinco columnas, se puso á la cabeza de la del centro, y las dirigió sobre el enemigo, quien apenas tuvo lugar para evacuar

Gazeta Extraordinaria del Gobierno
(Biblioteca Nacional de España)

Para asegurar el buen resultado, dispuso Alburquerque que el regimiento de dragones de Sagunto ocupase por un corto rodeo la única salida que tenía el enemigo hacia los pueblos de su izquierda que ocupaba, y que el de Pavía ejecutase por su derecha igual operación; pero el ardor de nuestras tropas no dio lugar a que se concluyese la operación, porque los regimientos de caballería de Borbón y de España, que se hallaban más inmediatos, viendo empeñadas las guerrillas con el vivo fuego que las hacían los enemigos, no pudieron contenerse y los atacaron con el mayor arrojo, poniéndolos en precipitada fuga, sin que el de dragones de Pavía, a quien se le mandó acelerar su movimiento, pudiese hacer otra cosa que seguirles el alcance por más de una legua, hasta que, reforzados los franceses con nuevos cuerpos de caballería, se determinó la retirada.

La pérdida de los enemigos en esta acción ha sido de 80 a 100 hombres, entre muertos y prisioneros, sin contar los muchos que huyeron heridos, entre ellos un coronel; y el botín consiste en 15 caballos, 18 maletas, 30 fusiles, unos 100 sables, y el coche y mulas del general con todo su equipaje.

¹⁶ Los granaderos eran soldados de infantería armados con granadas de mano.

Por nuestra parte ha habido cinco muertos y tres heridos, contándose entre los primeros al capitán de lanceros de Pavía D. Andrés Losada.

Elogia el duque de Alburquerque la bizarría y entusiasmo con que se han conducido en esta acción todos los cuerpos de caballería al mando del vizconde de Zolina, quien se ha distinguido en ella como lo ha hecho siempre al frente del enemigo, y no puede menos de recomendar al comandante de las guerrillas el teniente coronel D. Josef de San Juan; a don Juan Esponceda y D. Pedro Ramírez, teniente coronel y sargento mayor del regimiento de caballería de Borbón; a D. Juan Batres, ayudante de campo del vizconde de Zolina; al coronel del de España D. Pedro Josef Gómez [sic: por Gámez]; al de dragones de Pavía D. Pedro de Girón; y al teniente de voluntarios de Madrid D. Josef Manso; cuyos jefes y oficiales se distinguieron más particularmente.¹⁷

En otro oficio escrito por el mismo general, duque de Alburquerque, al conde de Cartaojal, le participa que habiendo intentado los enemigos atacarle el día anterior en Consuegra con 100 a 110 hombres de infantería y 30 de caballería, tuvo precisión de disponer su retirada a Malagón, la que se ejecutó en el mejor orden, sin haber perdido en ella la vigésima parte de gente que los franceses, a quienes obligó a clavar dos cañones suyos, y perder un cajón de municiones en uno de los ataques de nuestra caballería; habiendo costado a los enemigos ocho horas el adelantar un cuarto de legua escaso de terreno.¹⁸

Una información que la Gazeta completa al día siguiente:

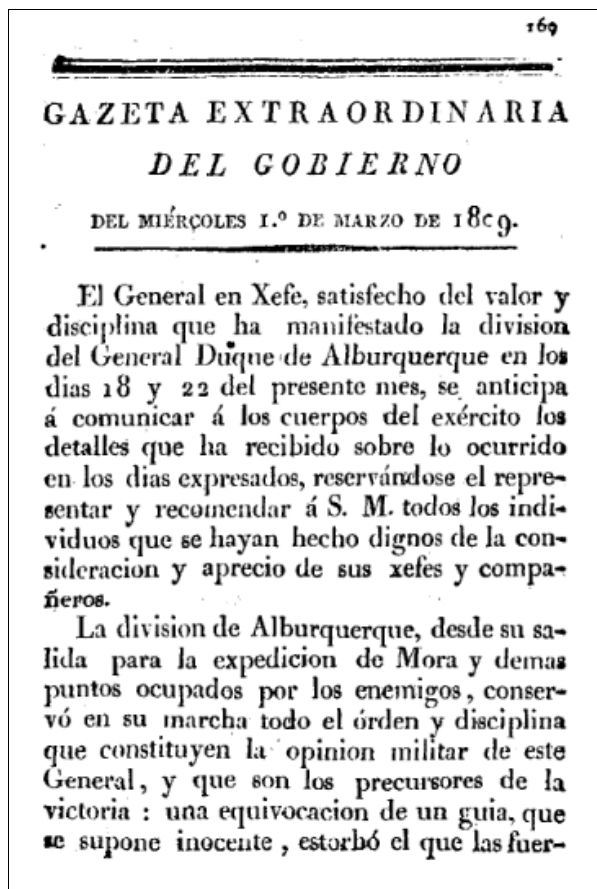
El general en jefe, satisfecho del valor y disciplina que ha manifestado la división del general duque de Alburquerque en los días 18 y 22 del presente mes, se anticipa a comunicar a los cuerpos del ejército los detalles que ha recibido sobre lo ocurrido en los días expresados, reservándose el representar y recomendar a S.M. todos los individuos que se hayan hecho dignos de la consideración y aprecio de sus jefes y compañeros.

La división de Alburquerque, desde su salida para la expedición de Mora y demás puntos ocupados por los enemigos, conservó en su marcha todo el orden y disciplina que constituyen la opinión militar de este general, y que son los precursores de la victoria; una equivocación de un guía, que se supone inocente, estorbó el que las fuerzas se reuniesen, y coincidiesen en los puntos indicados, de modo que el enemigo infaliblemente hubiese sido envuelto; pero si este accidente pudo malograr parte del objeto, proporcionó también el que nuestras fuerzas se midiesen con las de los enemigos, y que los destrozasen en todos los encuentros, ya atacando, ya siendo atacadas. Todos los cuerpos de caballería hicieron esfuerzos de valor y obediencia, y entre ellos tuvieron más proporción y ocasión los de España, Borbón, Sagunto y Pavía. La población de Mora, sus dependencias y bagaje del enemigo quedó en poder de nuestros valientes; el enemigo tuvo una pérdida considerable de

¹⁷ Además los ya citados Gámez y Girón, se menciona aquí a Francisco de Borja Idiáquez y Palafox, vizconde de Zolina (1755-1817), teniente general de los reales ejércitos. En cuanto a José o Josef de San Juan Browne (1777-1845), consta que combatió en Bailén, Uclés y Talavera y llegó a ser capitán general en 1823, pero fue confinado en Ceuta en 1832 acusado de participar en una conspiración carlista. De Juan Esponceda o Espronceda y Pimentel (1750-1833) sabemos que sería promovido al grado de brigadier en marzo de 1809, inmediatamente después de estos hechos, y que fue el padre del célebre poeta José de Espronceda (1808-1842). También fue ascendido a brigadier Pedro Ramírez y Vandama, que en documentos de 1809 consta como teniente coronel del Regimiento Provincial de Mallorca. De Juan Batres solo sabemos que era entonces capitán. Por lo que respecta a Josef o José Manso, era coronel del Regimiento de Caballería Farnesio en 1808, y fue promovido a brigadier en 1814.

¹⁸ *Gazeta Extraordinaria del Gobierno del martes 28 de febrero de 1809*, pp. 165-168. Actualizamos la ortografía y puntuación, lo mismo que en el texto que sigue.

hombres y caballos, y abandonó el campo para replegarse sobre su cuartel general, al paso que nuestra pérdida no excedió de diez individuos entre muertos y heridos.



Gazeta Extraordinaria del Gobierno
(Biblioteca Nacional de España)

Continúa dando cuenta de la acción de Consuegra el día 22, y concluye:

Todos los cuerpos que mandó el vizconde de Zolina se han hecho dignos del mayor elogio: la opinión pública y la batalla de Bailén recuerdan el nombre de este jefe con honor y con gloria. Los coroneles Freire, Gámez, Príncipe de Anglona, y el teniente coronel San Juan y demás jefes de caballería han aumentado glorias a glorias; y siete miserables, únicos extraviados de que se tiene noticia, han sido entregados a la comisión militar.=De orden del general en jefe.=Abadía.¹⁹

Ahí dejamos los documentos, que deseábamos dar a conocer, pero no es nuestra intención detenernos en las glorias o en las miserias de los militares españoles, sino en el fundamento en que se basa Rogerio Sánchez para integrar en la novela el episodio de Mora. Y lo cierto es que lo hace admirablemente. Aplicando el recurso principal que sostiene la obra entera y la dota de sentido, el de fundir realidad y ficción, rescata hábilmente de los hechos conocidos uno de

¹⁹ *Gazeta Extraordinaria del Gobierno del miércoles 1º de marzo de 1809*, pp. 169-172. De los militares aquí citados encontramos por vez primera a Manuel Alberto Freire de Andrade y Armijo (1767-1835), entonces coronel del Regimiento de Voluntarios de Madrid, que fue ascendido a brigadier por su actuación en las acciones de Mora y Consuegra y llegó a ser capitán general de Castilla la Nueva en los años treinta.

sus lances más o menos incidentales, que ficcionaliza a las mil maravillas. Nos referimos al que consta en la *Gazeta* en estos términos: «el general Dijon que los mandaba [a los soldados enemigos] se vio obligado a abandonar su coche y montar a caballo para libertarse de ser hecho prisionero». Lance que el autor aprovecha para hacer del tío José el agente de dicha obligación o exigencia. Más aún, para personalizar en este la victoria sobre el general francés, pues será el tío José quien acabe apeándose triunfalmente, para el asombro y la complacencia del duque de Albuquerque, del coche de Dijon, con la compañía de Miguelico y de «otro moce-tón».

He aquí un momento de fuerte carga simbólica, que además gravita sobre el cierre de la novela, porque cuando el lector llega a su desenlace, cae en la cuenta de que el alcance del ataque de Mora prefigura en cierto modo el significado de la batalla final de Talavera. Efectivamente, el enfrentamiento entre españoles y franceses se decide tanto acá como allá en el antagonismo entre los aldeanos y el general Dijon. La primera vez, en Mora, se resuelve con la victoria material del tío José, el padre; la segunda, en Talavera, con la victoria moral de Rosica, la hija. En suma, se trata de la correlación, de la continuidad, de dos momentos que dan sentido, y valor, a *Almas de acero*, la excelente novela histórica de José Rogerio Sánchez.